

San Juan Evangelico



EL CRISTIANO
HOGAREÑO

T. Rosario Ramos



ENCUENTRO
DIVINO-
HUMANO

Juan Figueroa



LA UNIDAD
EN CRISTO

José A. Cardona



HANS ZACHS
EL ZAPATERO
POETA

Raul Staude



PRECIO: \$0.10

LA UNIDAD EN CRISTO

Por el Profesor JOSE A. CARDONA

Conferencia pronunciada en la asamblea de Caballeros Evangélicos celebrada en Bayamón

Sr. Presidente y miembros de la directiva de esta asociación, hermanos en la fe de Jesucristo, amigos todos:

Me habéis dispensado un gran honor y un inmerecido privilegio al darme participación en las actividades que realizáis hoy. No puedo menos que felicitarles y a la vez extenderles un saludo cordial en nombre del Seminario Evangélico de Puerto Rico, el cual me honro en presidir por este año escolar 1956-1957. El cristianismo necesita de hombres y de organizaciones que sepan leer e interpretar las señales de los tiempos. Una fina sensibilidad espiritual, sin que la opaque los intereses personales, es indispensable para ver con claridad meridiana, aquellos factores que nos unen. Vosotros, como caballeros cruzados del evangelio, habéis tenido un gran acierto al dar como nota sobresaliente a esta reunión, la unidad en Cristo como la mayor necesidad del momento.

Hemos venido aquí a plantear el problema de la unidad cristiana. Queremos erradicar aquellas barreras que entorpezcan la obra creadora del evangelio. El protestantismo está constituido por un grupo de familias y cada familia lleva un nombre distinto. A veces los grupos evangélicos nos diferenciamos el uno del otro por principios que no son, tomados en sus detalles, los fundamentos de las más profundas experiencias religiosas. La diferencia puede ser en la forma de adoración que se use: sencilla o elaborada. O puede constituir tales diferencias la forma de organización o de ejercer disciplina que cada grupo denominacional adopte para su desarrollo y desenvolvimiento.

La Perfecta Revelación

La unidad cristiana comienza desde el momento en que nos relacionamos con Cristo y lo aceptamos como la perfecta revelación de Dios. En Jesucristo nuestros pecados se desvanecen porque El se apropia de ellos y nos declara libres de tal azote. Conoció a mí Salvador en la Iglesia Presbiteriana y cada uno de ustedes lo conoció, probablemente, en un grupo denominacional distinto. No obs-

tante, aunque tenemos nombres desiguales, en la experiencia cristiana nos confundimos y somos una sola cosa. Hace siglos el Hijo de Dios, en una de sus oraciones memorables, así le dijo al Padre:

“Y ya no estoy en el mundo: mas estos están en el mundo, y yo a ti vengo. Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos por tu nombre para que sean una cosa, como también nosotros. Juan 17:11.

Esa unión, que a veces parece perderse por razones diversas, fué una súplica que Cristo hiciera a su Padre con carácter de urgencia, quien sabe si adivinando que los hombres íbamos a estar divididos.

La Experiencia Vital

El segundo eslabón que nos une, y que es común a todos, consiste en esa experiencia vital que llamamos regeneración. Consiste esta regeneración en la implantación del principio de la nueva vida espiritual en el hombre, en un cambio radical de las disposiciones del alma, que debajo a la influencia del Espíritu Santo, da origen a una nueva vida en una dirección hacia Dios. Por este acto hay un cambio completo en la naturaleza del hombre en lo intelectual, en lo emocional, y en lo moral. Es un acto de Dios por el cual empieza una nueva vida (L. Berkhof, *Systematic Theology*, p. 469). Cualquier hermano de los que compone cada grupo religioso de esta asociación, cualquier hermano, no importa su nivel cultural o étnico, cualquier creyente, sin distinción de edad, si ha tenido una experiencia profunda en Cristo le hablará de un nuevo nacimiento, de una nueva vida. Así podía hablar el apóstol de los Gentes, Saulo de Tarso. De igual manera hablaría Agustín, Calvino, Francisco de Asís, Lutero, Campbell y también el miembro más humilde de cualquier congregación. Eso sería la manifestación de miles y miles de creyentes cuyos nombres no están registrados en los libros de la Historia, pero que sí lo están en el libro de la vida. Sentimos que la vida de pecado se esfumó, que hemos

pasado de muerte a vida, que el Espíritu Santo está poniendo fuego en el corazón. Esta experiencia nos une, aunque se manifieste en los hermanos de distintas maneras.

La Experiencia Profética

En tercer lugar, los cristiano de todo el mundo estamos unidos los unos a los otros por una experiencia profética. Todos marchamos con una esperanza prendida en nuestros corazones, esperanza que va creciendo y alimentándose cuanto más cerca estamos de Cristo. Bien expresó y clarificó esta esperanza el inmenso Agustín cuando hizo una comparación entre la ciudad de Dios y la ciudad terrena. En la ciudad terrena el individuo se encara a una situación difícil, de pecado, de angustias. Nótese, que según confirma la experiencia, el hombre más honrado, el hombre de su hogar y de su iglesia vive en un ambiente de hostilidades y a veces de incomodidades cruentas. En la iglesia primitiva los seguidores de Cristo, se catalogan como seres antisociales, perturbadores del orden público, incendiarios, criminales y hasta antropófagos. Esto se debía a que ellos no deseaban compartir los desmanes de la ciudad terrena por ser ciudadanos de la ciudad de Dios. Los caballeros de esta asociación, como toda persona que se agarra de la cruz de Jesús, laboran por pertenecer a la ciudad de Dios y consideran que son peregrinos y advenedizos en esta tierra. No extrañe, pues que algunos hablen de un milenio: otros, de una nueva Jerusalem; otros, de una patria celestial. Todos esos asuntos son expresiones de un pertenecer a un mundo superior que el presente. Buscamos lo que algunos llaman polineuma, o sea la ciudad espiritual, porque el polis, la ciudad terrena, no nos satisface. Todo cristiano está unido al otro cristiano en esta esperanza. Esto es otro eslabón de la gran cadena que nos purifica.

La Experiencia Ética

Todavía hay algo más. Los cristianos participamos de una experiencia ética. Cuando somos transformados por el poder de Dios se abre ante nuestra vista dos cosas de valor inmenso: hay una nueva visión del valor de la persona, y adquirimos una cosmovisión, o sea, una visión del mundo con significado profundo.

En casi todas las civilizaciones antiguas el hombre era un objeto, una cosa, y en contadas y especiales ocasiones un semidiós. Pensar que el ser humano era un ser de valor, casi no se conocía

en la antigüedad. Sólo los griegos tuvieron algo de esa visión, y en aquella cultura, el individuo humano ganó en profundidad y en elevación. Pero es la gloria del cristianismo el haber colocado a los hijos de Dios en categoría superior, en el plano más elevado de la creación. Nada produce mejores y mayores resultados para el bienestar de todos que el respeto y el sentido de dignidad que un hombre tenga para su semejante. No hay unión allí donde se desprecia al semejante. El hombre es el centro en los intereses espirituales porque vale más que una oveja. Cristo morando en el corazón del individuo opera en éste la transformación y éste empieza a ver la vida en perspectiva más bienhechora. Entonces es que el sentido del derecho y del deber se hace significativo. Entonces es que nos dedicamos a realizar el mayor bien posible.

Lutero y las Buenas Obras

Con palabras reveladoras de un profundo conocimiento teológico, el gran Martín Lutero describe la relación de las buenas obras, del factor de servicio, en la experiencia de la salvación. En su obra "Sobre la Libertad Cristiana" establece Lutero estas dos proposiciones:

1. El cristiano es señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie.

2. El cristianismo es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos.

En la primera proposición afirma Lutero que el hombre está libre de la ley, de los ritos, o de cualquier obra que haga para ganar la salvación. No existe hecho alguno, con excepción de la gracia de Dios, que nos pueda hacer salvos. Sólo es la fe lo que salva. Pero en la segunda proposición se hace responsable al ser humano de una vida ejemplar, de que rinda servicios al semejante y de actividades buenas. Hay que obrar bien, actuar de la manera más limpia, usar de todos los medios lícitos a nuestro alcance porque somos servidores de todos y a todos estamos sujetos.

Examínese cada uno de los grupos religiosos aquí representado, no importa como se llame, se encontrará que todos están preocupados por proporcionar al semejante el mayor bien posible.

En la nueva apreciación del hombre aparece como corolario una nueva visión del mundo. La idea central del evangelio es redimir al hombre para que sea ciudadano del reino de los cielos. Debe haber una transformación de condiciones de vida y

(Continúa en la página 13)

LA UNIDAD EN CRISTO

habrá un cielo nuevo y una tierra nueva. Aunque no todos tenemos la misma idea de cómo será esa situación, todos sí estamos de acuerdo en que las condiciones del nuevo mundo serán distintas a la de éste. Entonces el justo vivirá en justicia, el hombre de Dios vivirá de una manera distinta a la que vive hoy. ¿Quién no cree eso? Todos añoramos que venga el reino de Dios y su justicia.

El Hecho de Ser Protestantes

No porque lo haya dejado para último es de menor importancia el quinto factor que paso a considerar. Estamos unidos por el hecho de ser protestantes. Este término no lo uso para designar grupos que se separan de otros grupos, o que protestan por esta o aquella circunstancia. Según mi limitado y escasísimo saber, es en su aspecto etimológico que el término protestante es factor de unión. La palabra se compone de dos partes que son: pro y testari. **Pro** es un prefijo que significa antes, en frente de, de acuerdo con, en vez de. Testari viene de testes, que quiere decir testigo. Testari es un verbo que significa testificar. Infiero de esto que protestante es una persona que testifica en frente de, o en vez de. Cristo había dicho "y seréis mis testigos—eritis mihi testes— hasta lo último de la tierra. Hechos 1:8. Resulta,

pues que el cristiano es un ser de testimonio. Allí donde no se testifica con la vida para que la proclamación del evangelio tenga agarre, o como dijo Cristo, para que el mundo crea que tu me enviaste, no esperéis obra creadora. Puerto Rico presenta un cuadro muy alentador de la obra cristiana que se ha realizado. En campos y pueblos, a la vera de caminos vecinales, a la orilla de las carreteras, en montes y llanos se levantan templos de todas clases, unos; como capillas humildes, otros; con pretensiones catedralicias, que hablan con elocuencia fehaciente de que estamos testificando y autenticando la obra de redención. Eso es ser protestante: poner el testimonio delante de los hombres.

Es cierto que con el trigo crece la cizaña, es cierto que hay malos protestantes, pero echando un balance cuidadoso, hemos escrito las páginas más gloriosas que se conozca. ¿Quiénes las han escrito? Presbiterianos, Metodistas, Evangélicos Unidos, Discípulos de Cristo, y el resto de hermanos que forman otros cuerpos denominacionales. Eso nos une, el testimonio que demos al mundo, al que busca un agarre ante las incertidumbres de la vida moderna. Formamos una comunión de redimidos, una sola y nada más que una, aunque llevemos nombres distintos.

(Continuará)

ENCUENTRO DIVINO-HUMANO

chos imperios salieron para ocultar esta visión, infernales y terrenales, pero ningunos pudieron ni podrán desarraigar la esperanza que Cristo ha dejado en el corazón de su pueblo. Así nacieron jun-

tas la predicación y la persecución; nunca existirá una sin otra. La fe en la resurrección y la presencia continua de Cristo a través del Espíritu Santo en su iglesia fueron fuerzas de pivoteaje que movieron todo el engranaje de la fe.

EL CRISTIANO HOGAREÑO

mundo.

El cristiano hogareño es un fiel estudiante de la Palabra de Dios y es por eso que sabe distinguir a los fieles de los engañadores, para poder dar la bienvenida a los primeros y rechazar a los segundos. Tiene buen criterio para separar las ovejas de los lobos, y la substancia de la paja.

Cada día el cristiano hogareño enriquece su vida espiritual orando, leyendo sistemáticamente su Biblia, y rindiendo algún servicio al semejante. En sus relaciones con los demás creyentes, es un hijo de consolación. Es una alta compensación a las deslealtades del cristiano correcoastas y del

cristiano turista. No anda resbalando ni buscando tesoros que no pueda hallar en su propia casa. Es fiel y constante, pues sabe donde está parado. Sabe en quien ha creído, y tiene firmeza de propósitos, por lo cual no es fácil arrastrarlo ni carretear con él. No es una caña traída y llevada por el viento, sino un hombre o una mujer en quien puede tenerse plena confianza.

Gracias a Dios por el cristiano hogareño que cumple a cabalidad sus deberes para con su iglesia, su denominación, y su Cristo. Gracias a Dios porque es un centinela de la fe, y no un simple veleta que hoy es y mañana no es...